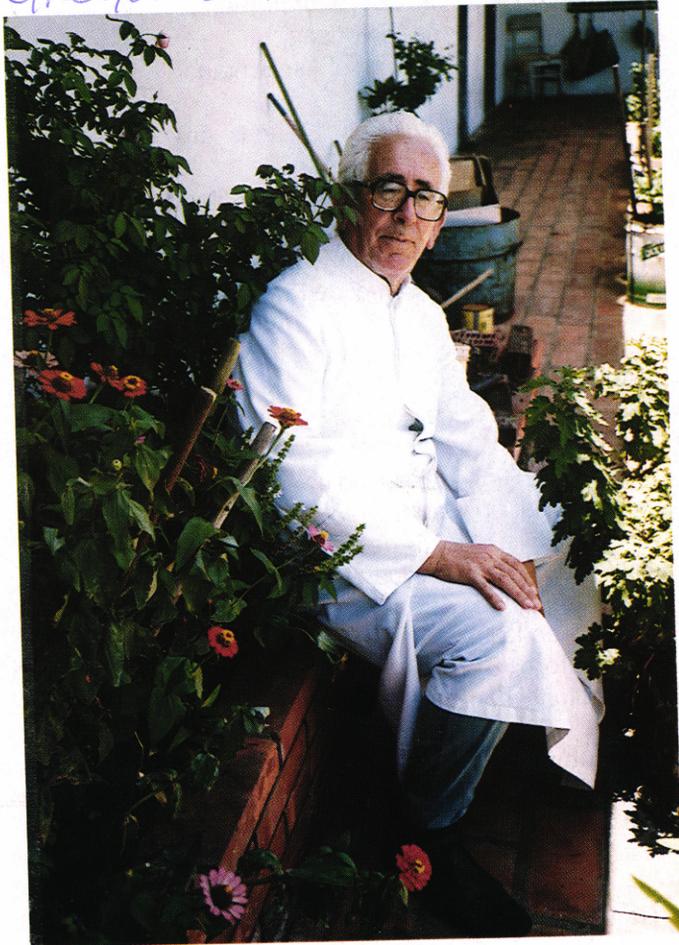


**INSPECTORÍA
"NTRA. SRA. DE LA ASUNCIÓN"
Asunción - Paraguay**

GREGORIA AYERRA MUNARRIZ

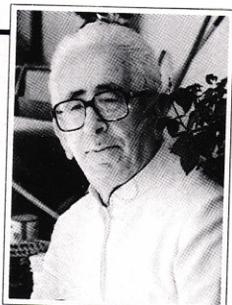


* Nació en Undiano, Navarra-España, el 9 de mayo de 1912.
† Murió en Asunción (Salesianito) - Paraguay, el 1 de enero de 1996.

JALONES BIBLIOGRÁFICOS

El P. GREGORIO AYERRA MUNARRIZ

- Nació en Undiano, Navarra-España, el 9 de mayo de 1912. Sus padres fueron Don Isidoro y Doña Victoriana.
- Ingresó a los 13 años en el Aspirantado de Campello.
- Hizo su Noviciado a los 17 años en Gerona.
- En 1933 se presentó al Servicio Militar Obligatorio.
- En 1936 participó de la guerra española. Estuvo preso en la cárcel de Barcelona de 1937 a 1939.
- En 1941 hizo su Profesión Religiosa Perpetua.
- Se ordenó de Sacerdote el 21 de marzo de 1942.
- De 1942 a 1954 fue músico y catequista en Azcoitia, en Mataró y en Alcoy.
- De 1955 a 1995 pertenece a la Inspectoría del Paraguay, donde ejercita su apostolado de misionero y de confesor, siendo luego secretario de Mons. Muzzolón; Secretario y Ecónomo Inspectorial con los PP. Inspectores De Bonis, Cristiano, Toti y Reyes.
- La Editorial Don Bosco lo tuvo por Encargado unos 20 años.
- De 1977 a 1979 fue primer Director de la Casa Inspectorial.
- De 1980 a 1995 en Salesianito fue El Confesor.
- El 1 de enero de 1996, hacia las 20.00 horas, fue al Cielo, para celebrar el Año Centenario de los SDB en Paraguay.



Indudablemente el **P. Gregorio Ayerra** deja un hueco grande en la vida de la Inspectoría y de los hermanos que le han conocido y han vivido con él.

Estuvo en la Inspectoría paraguaya prácticamente desde los inicios de su fundación: Siete años en el Chaco; 18 años en la Casa Inspectorial y 15 en Salesianito, suman 40 años en el Paraguay. Muchas veces, en sus frecuentes discusiones, defendía con énfasis (él nunca discutía, aunque levantara la voz) que él era uno de los fundadores de la Inspectoría "Nuestra Señora de la Asunción"; En junio de 1954, año de fundación de la Inspectoría, teniendo 42 años de edad, el P. Ayerra pide a los Superiores ser Misionero "sin condiciones y ad vitam". Don Bellido, Consejero General para las Misiones, pide por él para nuestra Patria. El P. Gregorio llegó al Paraguay en febrero de 1955, donde permaneció hasta su muerte.

También en la vida de los salesianos deja un gran vacío. Prácticamente todos se confesaban con él. Y no sólo los salesianos. Los últimos años mucha gente venía junto a él para escuchar una palabra de alivio. Cuando veíamos que aparecía en la comunidad con un regalo nuevo, ya sabíamos que había estado confesando.

Los chicos del Colegio de Salesianito le querían porque siempre escuchaban de él una palabra de ánimo y de comprensión. Era curioso el constatar cómo, aunque le costaba mucho ser comprensivo y tolerante con las ideas y actitudes de los salesianos, se ponía a favor del chico y del joven para buscar la palabra que le anime a seguir viviendo con alegría.

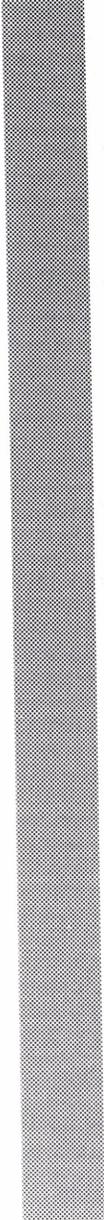
Un día antes de su muerte salió, en compañía de la enfermera, al patio. Cuando le vieron un grupo de

alumnos que estaban jugando, empezaron a gritar: “¡El Pa’í!, ¡el Pa’í!”. Se fueron corriendo hacia él, lo llevaron, en medio de un gran alboroto, a dar una vuelta por la manzana del Salesianito para que viera las plantas que había, casi diariamente, regado. Después lo acompañaron hasta su cuarto.

Su preocupación por la confesión era tan grande que hasta cuando regaba aprovechaba para confesar a gente que pasaba por la calle.

Su amor a la naturaleza es otro de los aspectos llamativos de su personalidad. Ypacaraí, el Chaco, Salesianito..., son testigos de los cientos de árboles que él plantó. Cuando viajaba al Chaco para los encuentros misioneros, venía cargado de pomelos que él había sembrado. ¡Era su regalo a la Comunidad! Se sentía orgulloso de este trabajo. Todas las mañanas daba una vuelta para observar sus árboles. Cuando tronchado encontraba alguno de los recién plantado, ¡cómo se enojaba entonces! Fue célebre su enojo porque en Salesianito, por motivos de obra, hubo que cortar un árbol. Los vecinos de la calle Rojas Silva me dijeron que un trozo de la calle debía llamarse “Paseo P. Ayerra”, por los árboles plantados.

Uno de los aspectos que más nos llamaba la atención a los que convivíamos con él, era su firmeza de carácter, que se expresaba en una gran testarudez. Tenía a gala el que era Navarro. “Aunque el Universo se hunda, Navarra siempre adelante”. Esto le ocasionó serios problemas; pero también le llevó a ser constante y a terminar las cosas que se proponía con una gran tenacidad. Los tiempos del Chaco que le tocó vivir fueron decisivos. La convivencia se hacía difícil. Como no era de dejar o hacer las cosas a medias, no podía aguantar la injusticia o la mediocridad y por ello abandonó dos



veces el Chaco. La última con intención de volver a España. Los buenos oficios del P. Cristiano, entonces Inspector, lograron que se quedara en la Inspectoría, de Ecónomo.. En este cargo, con tesón y esfuerzo personal, logró organizar toda la parte inmobiliaria. Fueron cientos de viajes los que tuvo que hacer a las instituciones estatales hasta lograr poner todo en su sitio. Cuando en conversaciones familiares se hablaba de estos temas, él se enorgullecía de este trabajo realizado, aun cuando —decía él— no contó siempre con el apoyo y comprensión de las comunidades.

El amor a su patria chica, Navarra, lo llevaba muy adentro. ¡Navarra era lo mejor! Eso era indiscutible. Especialmente los últimos años hablaba de su tierra, de sus gentes, a los que se sentía profundamente vinculado. Cuando queríamos que hablase, bastaba con que tocáramos el tema de Navarra para que empezara a repetirnos la historia de los suyos, de sus montañas, de sus cultivos... ¡No importaba mucho la objetividad histórica! Lo importante era su tierra.

Y juntamente con el amor a su tierra iba unido el amor a su familia. “Tenemos que viajar —decía—, porque quiero ver a los míos”. El último mes ya había perdido un poco el sentido de la orientación. Su obsesión era que las cosas aledañas al Colegio eran parte de su pueblo y allí vivían sus familias. ¡Con qué respeto y amor recordaba a su mamá, a la que perdió siendo muy niño!

La rica personalidad del P. Ayerra nos llevaría a escribir largas páginas. Destacamos cuatro aspectos de su vida que lo acompañaron permanentemente:

1. Su amor a las misiones. ¡Él era misionero! Los tiempos fueron cambiando. Su ideal de misionero chaqueño se fue transformando y la forma de misionar

era diferente. Permaneció en su corazón hasta el último momento. Su amor a los chaqueños, especialmente a los de Puerto Casado, era increíble. ¡Todo lo hacía por ellos! Los últimos cinco años, a pesar de su edad, asistía a los encuentros de misioneros del Chaco y se quedaba allí un largo tiempo para confesar a la población que le recordaba de sus años de Párroco. Al final quiso concretar su amor a los indígenas del Chaco con la creación de un fondo de becas de ayuda para los mismos. Cualquier actividad que hacía tenía un precio que iba a parar al fondo indígena.

Murió pensando en el Chaco.

2. Su profundo humanismo. Ciertamente, en ocasiones era intransigente y hasta duro; pero cuando se trataba del sufrimiento, especialmente del sufrimiento moral, se conmovía profundamente hasta las lágrimas. Los sufrimientos de los años de la guerra española le marcaron profundamente. Era curioso el constatar, incluso en sus conversaciones, cómo ponía la ley, incluida la moral, al servicio de los jóvenes para afianzarles en sus luchas por mejorar. ¡Cuántas veces, después de sus discusiones, preguntaba si había ofendido a alguien!

3. Su profunda religiosidad. Una religiosidad que no nacía del cumplimiento de las prácticas religiosas, a las que siempre era fiel, sino del profundo convencimiento de la bondad y de la misericordia de Dios para con cada persona. Estaba tan profundamente convencido de esto, que lo transmitía en todos sus consejos del confesionario.

La soledad de los últimos años, "lo más difícil de la vejez", como decía él, sólo encontraba la justa compensación en la confianza total en el amor a Dios. Las numerosas dudas que la muerte ya cercana le suscitaba,

sólo eran despejadas por el pensamiento de que Dios es un Padre que desea lo mejor para nosotros.

“¡Qué misterio es la muerte y qué misterio es la vida!”, exclamaba media hora antes de morir. “Por élló sólo la misericordia de Dios nos salva”.

4. Su amor al trabajo. Quiso morir porque ya no podía trabajar. Hasta el final se le veía haciendo algo que fuese útil. Era todo un poema verle con un balde en la mano, recorrer, cada mañana, sus plantas para que creciesen y luego llevarlas a la capilla o regalarlas el día de cumpleaños. Eran estos gestos de ternura que rompían la rígida imagen de “duro” que daba.

El trabajo, aunque fuese corporal, no le asustaba. Dos trabajos quedan en la mente de todos nosotros: Ypacaraí y la Editorial y Librería Don Bosco. ¡Cómo trabajó en la Escuela Agrícola! Sacó adelante la granja con un gran esfuerzo personal. ¡Cuántos viajes en incómodos colectivos, por rutas polvorientas, para llegar a Minga Guazú y traerse unos pesos y poder renovar el ganado! Cada guaraní lo sumaba para que su trabajo fuese eficaz.

El otro trabajo que le absorbió los últimos años fue la Editorial. Llegó a publicar más de ochenta libros de textos diferentes. Convirtió la Editorial Don Bosco en la más importante del país al servicio de la escuela. Él puso los fundamentos para el desarrollo actual de la Editorial.

Que el Señor le conceda la felicidad de la vida eterna.

Su Comunidad Religiosa
“Salesianito”

10 SALESIANOS años

EN PARAGUAY